

EL DEFENSOR DE CÓRDOBA

Diario Católico

Ambrosio Morales, 6

Ultimos telegramas y noticias de la tarde

Teléfono, 70

Año XIII

Jueves Santo 13 de Abril de 1911

Núm. 3513

NÚMERO EXTRAORDINARIO

La Institución de la Eucaristía

Narración evangélica concordada

Víspera del día solemne de la Pascua, sabiendo Jesús que era llegada la hora de su tránsito de este mundo al Padre, como hubiese amado á los suyos que vivían en el mundo, los amó hasta el fin.

Y acabada la cena, cuando ya el diablo había sugerido en el corazón de Judas el designio de entregarle, Jesús dijo á sus discípulos: Ardientemente he deseado comer este cordero pascual con vosotros antes de mi pasión. Y tomando el cáliz, dió gracias á Dios, y dijo: Tomad y distribuidlo entre vosotros; y enseguida levántase de la mesa y se dispone á realizar un acto propio de esclavos; lava los pies de los apóstoles que con El estaban sentados á la mesa, disponiéndose á comer el cordero pascual. Y estando ya comenzado, dijo Jesús: «En verdad, os digo, que uno de vosotros me hará traición»; y ellos, afligidos sobremanera, empezaron cada uno por sí á preguntar: «¿Señor! ¿soy yo acaso?»

Estaba uno de ellos (Juan), al cual Jesús amaba, recostado á la mesa, con la cabeza casi sobre el seno de Jesús; á éste discípulo, pues, Simón Pedro le hizo una seña diciéndole: ¿Quien es ese de quien habla? El entonces, recostándose más sobre el pecho de Jesús, le dijo: «¿Señor! ¿quien es?» Jesús le respondió: «Es aquel á quien yo ahora daré pan mojado». Y habiendo mojado un pedazo de pan se lo dió á Judas, hijo de Simón Iscariote. Y tomando aquel la palabra, que era el que le entregaba, dijo: «¿Soy quizás yo, maestro? Y respondió: Jesús «Tú lo has dicho; tú eres». El, luego que hubo tomado el bocado, se salió; y era ya de noche.

Salido que hubo Judas, dijo Jesús: Ahora es glorificado el Hijo del hombre y Dios es glorificado en él; y si Dios queda glorificado en él, Dios igualmente le glorificará á él en sí mismo y le glorificará muy pronto. Hijitos míos, por un poco de tiempo aún estoy con vosotros. Me buscareis; y así como dije á los judíos: Adonde yo voy no podéis venir vosotros; eso mismo os digo ahora.

Siguió á continuación la contienda que se suscitó entre los apóstoles sobre quien de ellos sería reputado el mayor al establecerse el reino mesiánico, aprobando Jesús la coyuntura que se le presentaba para recomendarles la humildad y la dilección mutua y después, á los alardes que Pedro había hecho de estar dispuesto para ir con su maestro á la cárcel y aún hasta la muerte misma, replicó á aquél: yo te digo que no cantaré hoy el gallo dos veces, antes que niegues tres veces haberme conocido. Durante la cena había conversado con Tomás, Felipe y Tadeo, abriendo durante esa conversación los tesoros de caridad que tenía encerrados en su corazón y ofreciendo á sus apóstoles su asistencia y la del Paríclito para que sin temor ni vacilaciones acometiesen la magna empresa de establecer en el mundo el reino de Dios.

Después de acabada la cena, tomó Jesús el pan, lo bendijo, dió de nuevo gracias, y habiéndolo partido lo distribuyó entre sus discípulos diciendo: Tomad y comed, este es mi cuerpo que será entregado por vosotros; hacéd esto en memoria mía. Del mismo modo tomó el cáliz después que hubo cenado, diciendo: Esta es mi sangre, que será el sello del Nuevo Testamento, la cual será derramada por muchos para remi-

LA SANTA CENA



CUADRO DE JUAN DE JUANES

sión de los pecados: hacéd esto en memoria mía. Y dicho el himno de acción de gracias salieron todos hacia el Monte de las Olivas. Eran poco más ó menos la diez de la noche. Iba á comenzar la pasión de Jesús.

Han pasado veinte siglos: el humilde cenáculo se ha multiplicado por toda la redondez de la tierra y convirtiéndose en grandiosos templos y magníficas catedrales, en las que se ponen á contribución todos los esplendores del arte alrededor del sacrificio inencomendado de la Misa, en el que un sacerdote con la misma autoridad de Cristo, pronuncia las palabras sacramentales, por cuya virtud, como en aquella cena solemne, lo que era pan y vino se convierte en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo; los doce discípulos que tuvieron la suerte de asistir á aquel espectáculo solemne que cerraba un ciclo de la historia, ó inauguraba otro que no ha de tener fin mientras la humanidad haga su penosa peregrinación sobre la tierra, han sido padres fecundísimos y su descendencia, como la de Abraham, se ha multiplicado como las estrellas del cielo y como las arenas del mar, llevando su influencia á todas las instituciones humanas bañándolas con una luz celestial que las dignifica y engrandece. ¿De dónde ha tomado la progenie apostólica esa fuerza expansiva que vence todas las dificultades y arrolla todos los obstáculos, sin que jamás se gaste ni se consuma? Es que el Pan Eucarístico es el corazón de la Iglesia, y siendo este el corazón de un Dios, es inagotable, como son inagotables los tesoros de la sabiduría y bondad divinas.

Juan E. Seo de Herrera.

El Santísimo Sacramento

El pelicano rompe el duro pecho; Con pecho, con amor, con osadía Deja del mismo pecho manjar hecho Con que á un pecho los hijuelos cria. ¡Oh eterno pecho! que en amor deshecho Tu pecho das con pecho y valentía Porque el pecho del hombre regalado Con tu pecho á tus pechos se ha criado.

Luis de Góngora.

Al Santísimo Sacramento

Cenaba la postrera noche el Santo Pastor con su rebaño, como lo deseó con gran deseo antes que padeciera. Amábalo sin par, y con extraño rapto su amor en inmortal recreo, próximo ya á la muerte, más vigoroso y fuerte se ostentó; y cual la llama que, en angosto recinto comprimida, por fuera se derrama, sin que nada le impida, rompe el limite estrecho de la vida. Y de la noche bella que venció en esplendor al claro día, consagró para siempre la memoria, instituyendo en ella la sacrosanta augusta Eucaristía. Completóse de amor la dulce historia con este sacrificio; y el Pastor, que propicio por sus ovejas muere, mal con esta fineza satisfecho, aposentarse quiere en el humano pecho, sabroso pasto y dulce manjar hecho. Gustar el hombre quiso de la fruta del árbol prohibida, y el funesto manjar temprana muerte le da en el Paraíso. Muere Jesús, y en celestial comida le da la vida con trocada suerte; y cuando se despidió, le encarga que no olvide que ha por él derramado su sangre, y muerto, porque más le deba. por el crucificado, y que de amor en prueba, coma su carne y de su sangre beba. Gratísima memoria, irrevocable eterno testamento, pan del alto Querub apetecido, de la futura gloria prenda y señal y rico heredamiento del nuevo pueblo en Gólgota adquirido; los que de ti dudaron, de amor poco alcanzaron; pues si la ardiente llama en flaco y mortal pecho no consiente la ausencia del que ama, ¿un pecho omnipotente morir quería para estar ausente? Era tu fortaleza al poder de la muerte comparada, un tiempo, amor, igual; mas ya rompiste de la naturaleza

las leyes; y la muerte, acobardada, concedióte su imperio; te pusiste más allá de la vida, con el hacha encendida en la ferviente mano, abrasando en amores celestiales al corazón humano, y dando á los mortales nuevo vivir en años eternos. Feliz el que te adora; más feliz si te hospeda dignamente; felicísimo, en fin, si te desea, si de ti se enamora y á ti unido, contigo solamente, dulce pan, en ti vive y se recrea. ¿Quién pudiera al pecho mio, tan áspero y tan frío, que de amor lo abrasara la viva llama, y que la unción divina su dureza ablandara? Ven, gracia peregrina, haz un milagro más, y á ti me inclina.

Tomás José González Carvajal.

Versión del Pange Lingua

Celebra, oh lengua mia, el misterio inefable del sacrosanto cuerpo glorioso del Hijo de María, y de la inapreciable sangre que el Rey de gentes poderoso vertió con larga mano por el linaje humano. A nosotros fué dado, por nosotros nacido de intacta Virgen pura y sin mancha; y habiéndonos tratado el mismo, y esparcido, de su santa doctrina la semilla, de admirable manera concluyó su carrera. De la postrera cena en la noche, maestro y presidente con todos los apóstoles y hermanos cumpliendo eternamente lo que en la ley mosaica se ordena. El mismo allí á las doce, por sus manos, con extraño portento, se entregó en alimento. Allí el Verbo humanado con su eficaz palabra convierte el pan, por modo peregrino, en su cuerpo sagrado. Igual prodigio ha obrado, su sangre haciendo lo que ya fué vino. Si á tan altos prodigios el sentido desfallece oprimido, basta solo la fé, cuya firmeza dará al pecho sincero fortaleza. A tanto sacramento postrados adoremos, y el anticuado infructuoso rito del viejo Testamento

por el nuevo dejemos; y si el sentido falta en lo infinito de obra tan rara y alta, supla la fé su falta.

Al Todopoderoso Padre, y al Hijo, que igualmente puede, cántese humilde aclamación festiva. Y al que de ambos procede, espíritu amoroso, iguales alabanzas con fé viva, iguales bendiciones tributen nuestros fieles corazones.

Ignacio de Luzán.

La fuerza de las lágrimas

¡Oh lágrimas derramadas por Dios y cuánto valéis y cuanto podéis y cuánto acabáis! Acabáis cosas que al parecer humano son imposibles.

Es el agua de la piscina que sanaba todas las enfermedades. Mas aquella de Jerusalem sanaba á uno solo, vosotras sanáis á cuantos lloran como deben.

¿Quién dió la salud á María sino el baño que hizo de vosotras con que lavó los pies de Cristo y desenlodó los lodos de su conciencia?

¿Quién vió salir de Jerusalem el pueblo de los Judíos? ¿Quién vió llevar á Babilonia los pocos que habían quedado vivos y escapado de las llamas que abrasaron aquel famoso templo y soberbias torres y suntuosas casas de aquella miserable ciudad, ejemplo del furor y saña del airado Dios del cielo?

Iban aladas las manos blandas de las doncellas tiernas, hinchadas con los ásperos y apretados nudos de los cordeles, descalzos los delicados pies, regando con la roja sangre el suelo y senda que guiaba á Babilonia: los inocentes niños asidos á las ropas y faldas de las desventuradas madres, eran compelidos á seguir los largos pasos del crudo vencedor y á quedar tendidos en aquellos campos para ser comidos de las fieras y de los perros: los viejos ancianos reservados por algún hado cruel para ver tan desastrosos casos, iban, atadas las sagradas gargantas, ahogados del dolor, dando mortales suspiros, quedando degollados los más salientes y toda la flor y fuerza de su ejército, y los sacerdotes muertos porque en medio de las sagradas víctimas que ofrecían á Dios en su Santo Templo, llegando á deshora el bárbaro enemigo, no respetando al cielo, ni las venerables canas, ni á las consagradas estolas con que estaban adornados, los degollaban entre los sacrificios: y salía la sangre justa á mezclarse con la de los novillos que sacrificaban por aplacar la gran majestad de Dios airado.

Iban pues cautivos aquellos desdichados: y puesto que con el miedo que llevaban, no osaban hablar palabra, porque ni aun para quejarse se les daba inercia, á lo menos los ojos que como tan libres no podían ser impedidos, hacían su oficio derramando lágrimas y regando con ellas los caminos y campos por donde pasaban.

Dice la Escritura Sagrada que iban y lloraban y sembraban sus semillas; y llama semilla á las lágrimas: de suerte que iban sembrando lágrimas, que verlos quebraba el corazón. Eran la semilla del infinito gozo que habían de cogor del cautiverio: Venientes autem, venient cum exultatione, dice el Salmo. Es verdad que iban llorando y sembrando lágrimas, pero volverán con gozo y regocijo, trayendo los manojos que habrán nacido de las lágrimas que sembraron.

Fr. Pedro Malón de Echaide.

Del «Libro de la Conversión de la Magdalena».

SITIO!

Torturado por tormentos que exceden á toda imaginación, tras de sufrir una larga y cruel flagelación, despues de una penosa subida al monte Calvario con la enorme cruz á costas, clavado en el madero santo durante tres horas mortales, padeciendo lo que no es decible, Jesús, al fin, exhala su primera queja... sus labios secos y ardorosos no tienen jugo, y de aquella divina boca sale un gemido: ¡Sítio! ¡Sed tengo! ¡Oh prodigio de humildad y de desprendimiento sin ejemplo! ¡Es un Dios el que tiene sed, el Creador del mundo que pobló los mares y las fuentes y que ahora no tiene una gota de agua para refrescar la sed que lo devora! ¡Los ángeles del cielo se debieron estremecer de dolor al ver á su Señor en tan aflicta situación!..

¡Sed tengo! ¡Oh palabra que encierra un poema de amor! ¿Cómo remediaron los judíos esa sed? más crueles que las mismas fieras, dan á beber al Divino Salvador hiel y vinagre...

¡Verdugos sin entrañas! ¡Ni aun en presencia de tanto sufrimiento, ni ante un moribundo que va á exhalar su último suspiro, se ablandan vuestros corazones, más duros que las rocas que horada el agua!..

La muerte impone siempre respeto, y sea cual fuere el hombre que en tal momento se halla, las frentes se inclinan y las manos se tienden para socorrer al desdichado que muere... ¡Sólo Jesús no encuentra compasión, ni una gota de agua que refrigere su cuerpo agonizante!..

Al exclamar en el Gólgota, Cristo: «Sed tengo», no era sólo la sed material la que abrasaba sus entrañas; era también, y más aún, la sed espiritual, que constantemente devora su abrasado corazón, inflamado de amor por las criaturas y que espera en vano agua para apagar sus llamas!..

Sed de justicia de la que se queja el Redentor... ¡y es tan raro hoy en la tierra!..

Sed de amor... y los hombres apenas si se acuerdan del Huesped que encierra el Tabernáculo Santo, y apenas si durante el día elevan una mirada de agradecimiento hacia ese Dios que vela por ellos con bondad inextinguible.

Sed de sufrimiento y la humanidad se revela contra él, y difícilmente dolega su cabeza ante la desgracia, no admitiendo el razonamiento de que estamos en un valle de lágrimas y nos es preciso sufrir... ¿Es acaso tan penoso aceptar las penas cuando el mismo Jesús nos da ejemplo desde la cruz? Sufre Él y sufren las almas predilectas de su corazón, y hasta la consumación de los siglos sufrirán los que Él más ama, porque Él así nos lo dijo... «Os crucifico, pues os amo». ¡Oh palabra que asusta al mundano, pero consuela al que es discípulo de Cristo Jesús!..

Sed de humildad... Jesús en el Calvario como en el Pesebre, como en el Altar, proclama la humildad que resplandecía en todas sus acciones... «Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón».

El orgullo es un vicio social detestable; desde el poderoso que contempla con vanidad sus riquezas, hasta el pobre obrero, tienen todos en sus almas la sed de brillar, de dominar, sed que produce grandes males, espantosas catástrofes que agitan los cimientos de la sociedad y destruyen todos los principios de la autoridad en el mundo...

Sed de caridad... ¡hace tanta falta en la tierra!..

Sed de paciencia... ¡qué paciencia infinita la del Señor.

Sed de obediencia... ¡somos tan rebeldes!..

Acerquémonos, oh sí, á la cruz donde agoniza el Redentor, y á sus pies, con nuestros ojos arrasados en lágrimas de arrepentimiento y de amor, fijos en los suyos obscurecidos por las gotas de sangre que caen de su frente punzada por las espinas, ofrezcámosle el agua de las virtudes que Él ansía y aplaquesmos esa sed que lo torturó en el Calvario poco antes de morir, y que hoy padece en el Sagrario, sin que los hombres se acuerden de templarla y saciarla entregándole sus corazones...

Maria de Echarrí.

LA EUCARISTÍA

¿Qué misterio de amor reside en ti, Que abandonado á tu divino afán, Del Cielo, en forma de sagrado pan, Bajas Señor hasta llegar á mí? ¿Cómo tan gran prodigio merecí? ¿Dónde escritos los méritos están, En esta prole misera de Adán, Para encontrarse sustentada así? Como la madre presta su calor, Y alimenta con sangre de su ser Al fruto imagen de su casto amor, De la misma manera tu poder Hace que pueda el hombre pecador De su propia flaqueza renacer.

José Selgas.

La última Cena

Iba á morir El que era nuestra vida y, con el alma de ternuras llena, congrega á sus Apóstoles en Cena, poder y amor mostrando sin medida.

No ha de darles adios de despedida el Divino Maestro: la grey buena tendrá á Jesús en la mansión terrena, á pesar de su célica partida.

Pan y vino sus labios creadores Cuerpo y Sangre del Dios de los amores hacen y da á sus caros comensales.

«Haced esto—les dice—en mi memoria» y nos dejó en sublime ejecutoria sus deíficos dones celestiales!

Luis Clavería Riobó.

El Camino de la Cruz

Es una calle de la Amargura que cruza los senderos de la vida moderna. Una densa y pesada bruma oculta la cima del Calvario. La figura de Jesús es la misma que nos describe el Evangelio. Camina abrumado por la enorme cruz.

La divina frente traspasada por la corona de espinas, la faz ensangrentada y descompuesta. Jesús camina al sacrificio; y en torno de Él se agrupan unas extrañas figuras que no parecen las de la Pasión. No vemos la lanza ni el casco de soldado romano, ni la solemne túnica del fariseo, ni la pintoresca indumentaria del populacho de Israel. Rodéa á Jesús una turba siniestra que todos conocemos: son hombres de nuestra época. Sus rostros están descompuestos por el odio, sus ojos extraviados por la pasión, los labios manchados por la blasfemia, las manos se crispan amenazadoras. Hay expresiones que hemos visto en los mítins libertarios, ó en las manifestaciones públicas. Hay una figura tapada por negro capuz con el rostro cubierto, que sólo deja ver unas manos horribles como garras, sugestionando é impulsando á un descamisado, para que apedree al Salvador. Hay también confundidos con la turba, tipos de libertinos aristócratas que no se enfurecen, pero que ven con complacencia los horrores de la Pasión.

La multitud está ansiosa de llegar al Calvario para satisfacer sus odios. Cristo, sin embargo, no está solo entre sus enemigos. En la misma calle de la Amargura hay almas piadosas que, como la Verónica, contemplan el rostro de Jesús con amor y graban el divino semblante, no en simple lienzo, sino en el fondo de la conciencia. Estas almas se agrupan á la sombra de la Cruz. ¡Oh, cuántas flores de virtud y de santidad nacen en la tierra que Jesús ha regado con su sangre!

¿Que profundo simbolismo encierra ese cuadro que un pintor cristiano—Joan Beraud—ha trazado con inspirado espíritu. No hay anacronismos históricos en sus figuras; es un cuadro lleno de misticismo y de piedad. Beraud ha seguido en su obra el pensamiento de esos grandes artistas modernos—Scheineider, Ghevar, Udhe—que tan admirables asuntos místicos han compuesto representando siempre á Jesús santificando con su presencia los trabajos y la vida de los humildes. Jesús no es sólo de los tiempos evangélicos. Cristo es todas las épocas.

A poco que nos detengamos á contemplar, veremos entre esas figuras modernas, las mismas fisonomías, los mismos caracteres de los que intervinieron en la Pasión. Escribe, fariseos, sayones romanos, populacho judío; en el fondo son los mismos; solo su exterior se ha modificado al pasar por el crisol de los siglos.

Bien clara se vé la fisonomía del

pseudo sábio y del escriba. Como serpiente enroscada en el árbol de la ciencia del bien y del mal, hay una falsa ciencia que sugestionna á los incautos. El pseudo sábio y el escriba persiguen á Cristo, intentan arrojarlo de la cátedra del Ateneo, de la Ciencia y de la Literatura. Cristo estorba al filósofo soberbio, porque Cristo es humildad; estorba al Apóstol del positivismo porque Jesús es sacrificio y amor. Por eso el escriba de ahora repite la antigua protesta: «¡Tollo, tolo, crucifige eum!».

Representando la política romana, tal vez veais el equívoco perfil de algún profesional de la política moderna. En el fondo de su conciencia sabe quien es Cristo, pero la disciplina de partido ó la imposición de la corriente populachera obligale á perseguir al Salvador destrándolo de las leyes y de la vida pública... Sin perjuicio de cubrir despues las apariencias como Pilatos, con un simple lavatorio de manos...

¿No observais también que entre el populacho descamisado inconsciente, brutal y soez que vocifera y apedrea, ha colocado el pintor algunos refinados tipos de libertinos aristócratas? El artista ha estado en esto tan inspirado como en lo demás; esos encumbrados libertinos son también de la plebe judía. A estos se les ha dicho: «Elige entre Jesús y Barrabás; Jesús es un iluso, un tirano cuya doctrina se opone á tus refinamientos, á tu lujo, á tus vicios; Jesús te condena, te trata con dureza, da preferencia á los humildes, ¿á quien eliges, á Jesús ó á Barrabás?» Y el libertino exclama: «¡Quita, Quita, crucifica á Jesús!»

¿Y la raza de los fariseos? Despues de tantos siglos aún existe esa raza de hombres de espíritu torcido y complejo que cuelean el mosquito de las prácticas devotas exteriores y se traga el camello de las grandes injusticias sociales, que sienten escrúpulos de poner los pies en el Pretorio por no contaminarse y luego no tienen remordimiento de las penas y tribulaciones que hacen sufrir á sus semejantes.

En esa falsa moral farisáica, encontraréis al enemigo más solapado del Evangelio.

Mientras el trágico cortejo pasa, las almas amantes de Cristo extienden las manos hacia el Salvador en actitud de súplica; hay labios que bendicen, hay en el grupo cristiano blancas tocas de religiosas que cobijan á los desamparados, hay corazones de apóstoles que predicán la fe... Místicas palabras que recogen la divina semilla en el camino de la Cruz para esparcirla por el mundo.

Luis León.

LA VIRGEN AL PIE DE LA CRUZ

Stabat Mater dolorosa
Juxta crucem lacrymosa
dum pendebat Filius.

Estaba en honda agonía al pie de la cruz llorosa la Madre Virgen María, y de la cruz afrentosa el hijo muerto pendía.

Desgarrado el santo pecho, herido y alancendo y en el madero derecho, desconocido y deshecho el cuerpo descoyuntado.

Tan rasgadas las heridas de ambos pies y de ambas manos, que cayeran divididas á no estar tan sostenidas en brazos tan soberanos.

Y porque culpa tan fea ofrenda tan santa borre, la hirviente sangre gotea, y en el peñasco en que corre avaro el viento la orea.

Allí por tierra postrada, moribunda y desolada la castísima María, con el suplicio abrazada la ardiente sangre bebía.

Y parado el mundo entero asombrado la miraba; que solo en dolor tan fiero á su Dios muerto lloraba al pie del santo madero.

—¡Ella llora, y yo pequé!... ¡Madre amorosa, perdón, que yo le crucifiqué yo su sangre derramé y manché la creación!

Yo le robé de tus brazos, sin respeto á su deidad; le até con estrechos lazos para arrancarle, es verdad, las entrañas á pedazos.

Y tú, Madre, en tu dolor,

mesándote los cabellos, al verdugo matador tendiste los brazos bellos demandándole favor.

Por templar la sed rabiosa, tú, Madre de Dios bendita, pálida la faz de rosa, te prosternaste llorosa ante la raza maldita.

¿Tú hollada, Virgen, así? Tú que pisas de rubi vistosa, viviente alfombra, y besa el ángel tu sombra si pasa cerca de Ti!

¿Tú, de estrellas coronada, de ardiente sol vestida y de la luna calzada, tan triste y tan dolorida por razón tan condenada!

¿Tú, llorando, Madre mía, cuando una lágrima tuya el mundo rescataría, cuando el tiempo le concluya en el postrimero día!

¿Tus ojos llorosos tanto cuando al sol prestan su luz! ¿Oh Madre, por tal quebranto, que me salve á mí tu llanto al pie de la santa Cruz!

José Zorrilla.

PILATOS

La siniestra intervención del procurador romano en la muerte de Jesús, le ha hecho pasar á la historia del más trascendental suceso de la humanidad con el oprobioso estigma de cobarde. Hubiera sido más expresivo y justo el de prudente.

Hay una prudencia, que es la adaptación de la vida humana á la voluntad divina en los variados acontecimientos, que forman la trama de aquella, y esa prudencia es virtud. Hay otra, que es el interés humano, siempre antepuesto á los intereses sobrenaturales y gobernado por una especie de política semi-espiritual, con apariencias de rectitud moral, que la hacen más engañosa y falsa. Contra ella levantó su voz con acento de extraordinaria energía el Apóstol San Pablo, en cuyo espíritu había repercutido el eco del Profeta de las grandes visiones: *Yo perderé la sabiduría de los sabios y reprobaré la prudencia de los prudentes. ¿Acaso Dios no ha declarado necesidad la sabiduría de este mundo?*

La inocencia de Jesús resplandece bien pronto en el tribunal de Pilatos. Llevan allí al Justo el odio y la envidia, que se han concertado en criminal alianza para perderle. Pilatos debió recibir y oír las razones de los acusadores; pero convencido de la verdad, debió ponerla en aquel momento bajo la salvaguardia de su invencible entereza. Pero la prudencia humana es enemiga de las resoluciones francas.

Entonces comienzan los procedimientos dilatorios, la política de las concesiones, que es donde comienza el calvario de la verdad, así como en la irresolución de Pilatos es donde comienza á perder terreno la causa de Jesús.

Pilatos envía á Jesús á Herodes, su enemigo, hasta aquel momento. Dos aspectos de la prudencia humana: la causa más justa y más santa, puesta en manos de un hombre corrompido y perverso; un abandono criminal de la inocencia, sacrificado en aquella hora á una amistad, acaso provechosa y útil.

Cuando aquel juez ignorante, ve de nuevo á Jesús en su presencia y escucha las pérfidas amenazas de los judíos, de acusarle al César de olvido de los derechos del poder civil, su vacilación aumenta. El favor del poderoso es siempre garantía de triunfo: el disfabor del César será su ruina. La prudencia de la carne vive siempre atenta á las inspiraciones de los grandes, como si la razón y el juicio desapasionado fueran atavios, que se alquilan temporalmente en las alturas de las representaciones oficiales.

Pilatos tampoco se acordará la enemiga del pueblo. Jesús va á morir en la impopularidad por dar testimonio de la verdad ante un pueblo, que la ha adulterado: tiene el valor de sus convicciones, diríamos hoy y diríamos del divino Maestro, si no fuera Dios. Pero el aura popular, siquiera sea tornadiza, viene á ser la aureola de lo que llamaríamos santidad humana y tras ella corren los prudentes, deslumbrando y atrayendo á las multitudes, no con los fulgores de una palabra siempre verdadera y de una rectitud siempre incontrovertible, como Jesús, sino con los fuegos fatuos de falsas virtudes.

Pilatos oye hablar de la verdad, más aún, á la Verdad misma y atropelladamente le vuelve las espaldas. Los prudentes ante los arranques generosos del espíritu, súbitas iluminaciones de la conciencia, sonrien desdefiosos, como Pilatos ante Jesús, creyéndole un soñador: los procedimientos son distintos, el resultado es uno.

Y como acallar á la turba enfurecida, que pide la sangre del Justo? Pilatos no encuentra en él culpa alguna, no puede entregarlo á la vindicta pública. Ha discurrido sin embargo un medio, una especie de mal menor, duro, cruel, pero oportuno, prudente; manda azotar á Jesús, desgarrando su sacratísimo cuerpo, como para acallar con aquella carne purísima los aullidos de la fiera, porque exasperarla sería una imprudencia. Todo en vano. La presencia de Jesús, bárbaramente flagelado, es un estímulo para las turbas; será ignominioso baldón de la memoria de un juez prevaricador. Las resoluciones adoptadas á la luz de las conveniencias humanas, de la política humana, suelen ser una sangrienta burla de las conveniencias sobrenaturales y eternas. Consentir un momento en la tentación, jamás será una habilidad, siempre será el pecado.

La sangre de Jesús, cayó como indeleble mancha sobre la memoria de Pilatos. El, con sus palabras, cubrió perpetuamente de escarnio su plan infame; su prudencia, la prudencia humana, que es vil astucia.

El mandó, como compensación de su derrota, poner sobre la cruz una inscripción aparentemente irrisoria, de una tremenda verdad en el fondo: *Jesús Nazareno, Rey de los Judíos.*

Si fuera lícito comparar los sucesos de la vida de un miserable con los hechos portentosos de la vida de nuestro adorable Salvador, habría que requerir á la historia para que sobre el sepulcro del procurador romano, como contraste luminoso, grabara esta inscripción, aparentemente honrosa, pero una tremenda irrisión en el fondo: *Pilatos, el prudente.*

Francisco de P. Velasco.

Presbítero.

El descendimiento

Ignorábase las particularidades de esta piadosa operación, pues los Evangelios se cifian á decir que José y Nicodemus quitaron de la Cruz el cuerpo del Salvador. Bien pudo llevarse esto á cabo levantando la cruz del hoyo en que estaba encajada, é inclinándola poco á poco hasta ponerla en el suelo, para el fin de desenclavar al Señor más fácilmente y sin necesidad de manosearlo ni exponerse al peligro de que se le cayese ó viniese encima, y esta era, en verdad, la forma más usual de ejecutar esta clase de operaciones. Mas es posible también que la ejecutasen de otra manera, es á saber, perseverando la cruz enhiesta y llegándose unos con escaleras á los brazos para desclavarlos, mientras que otros sostenían el tronco del cuerpo de Jesús hasta que, desclavados los pies, pudiese ser descendido á la tierra el peso sagrado. De cualquier modo que lo ejecutasen, es probable que ayudasen á José y á Nicodemus en esta faena el Centurión y los soldados que habían crucificado á Jesús y custodiado su cadáver, y aún los amigos y allegados del Señor que estaban en el Calvario, entre los cuales no faltarían los buenos discípulos de Jesús, ni menos la Santa Madre de éste, ni ninguna de las piadosas mujeres que la habían acompañado en su dolor y sido testigos de la crucifixión y de las agonías de su muerte.

Es ocioso referir ni ponderar los sentimientos de respeto, de devoción, de piedad entrañable de que estaba penetrada aquella santa compañía, ni el dolor que angustiaría sus pechos, ni las lágrimas que brotarían de los ojos, ni los suspiros que se escaparían de los pechos enternecidos al bajar de la cruz el cadáver del Santo Maestro. Pero ¿cómo es posible no detener el pensamiento en la dulce Madre de Jesús, que, aunque atravesada del más agudo dolor, no se separa un momento del cuerpo sagrado de su Hijo, que corre ansiosa á abrazarle, que le recibe en sus brazos y le aprieta fuertemente contra su seno, y juntando rostro con rostro, imprime en él oscuros entrañables en que se derrama toda la ternura del pecho materno? ¿Qué ojos no se humede-

cen con las lágrimas al ver las que sosegadamente corren por el rostro de María? ¿Quién no se pasma y enmudece de dolor al considerar el acerbisimo que quebranta su sagrado corazón?

P. Miguel Mir.

De la Real Academia Española.

A la hermosura de Dios

¡Oh hermosura que excedéis a todas las criaturas! sin herir, dolor hacéis, y sin dolor, deshacéis el amor de las criaturas.

¡Oh nudo que así juntáis dos cosas tan desiguales! no sé porque os desatáis; pues atado fuerza dáis a tener por bien los males. Quien no tiene ser juntáis con el Ser que no se acaba. Sin acabar acabáis, sin tener que amar amais, engrandeceis nuestra nada.

Santa Teresa de Jesús.

DOLOR

I

Débil corazón humano
Qué fuiste de dichas nido
Y hoy te lamentas herido
Por un destino tirano:

Corazón que en viejos días
Viste un mundo todo amores,
Una tierra toda flores
Y un cielo todo alegrías:

Corazón que ayer cantabas
Con musicales dulzuras
La canción de las venturas
Que feliz paladeabas,

Y hoy en doliente clamor
Dices que estás afligido,
Que estás mortalmente herido
Por el puñal del dolor!

Corazón de fe dormida
que gritas mirando al Cielo
«No hay duelo como mi duelo,
Ni herida como mi herida»;

Ruin corazón pecador
Que miras solo a ti mismo:
¿Has medido tu el abismo
Del más inmenso dolor?

II

Corazón poco paciente:
¿Ves la imagen dolorosa
Que en procesión lacrimosa
Conduce piadosa gente?

Abre el alma a los fulgores
De aquella enlutada estrella
¿Tu sabes quien es aquella?
¿La Virgen de los Dolores!

¿Sabes la Divina historia
De aquella que es Madre tuya?
Hizola Dios, Madre suya;
¿Pudo Dios darla más gloria?

¿Habrá semejante amor
Al que con hondas ternuras
Sintió en sus entrañas puras
La Madre del Redentor?

¿Puede tu mente alcanzar
Ni en sueños puede haber visto
Lo que la Madre de Cristo
Pudo a Cristo Dios amar?

Entonces ¿cómo medir
La inmensa hondura insondable
Del dolor inenarrable
De ver al Hijo morir?

Verlo vilmente azotado
Horriblemente escupido,
Despidadadamente herido,
Bárbaramente enclavado.

Verlo Mártir del Amor
De la ruin humanidad
Y ver nuestra iniquidad,
¿Cabe tormento mayor?

Pues esos desgarradores
Duelos jamás bien contados
Sufrió por nuestros pecados
La Virgen de los Dolores.

Corazón de fe dormida
Que a Dios, gritando, mostrabas
La sangre que derramabas
De tu levisima herida:

Mira esos siete raudales
Que de esas entrañas puras
Derraman las puntas duras
De siete agudos puñales.

Bebe la santa ambrosía
Que en ese abismo se encierra
Y adora rodilla en tierra,
Los Dolores de María!

José María Gabriel y Galán.

Recuerdos y lecciones

Por aquel tiempo vivía en Jerusalén un hombre, a quien las turbas llamaban uno de los profetas, tal vez Isaías, quizás Jeremías; un hombre de cuyos labios brotaban raudales de celestial ciencia, de sabiduría divina, un hombre que en público, ante sus conciudadanos, a la faz de los escrutadores de su vida y críticos de sus palabras, pudo decir esto: «¿quién de vosotros puede argüirme de pecado?» y los que tal pregunta oyeron, aquellos a cuya noticia llegó la interrogación, el pueblo todo, la nación entera, bajaron la cabeza y quien con secreta voz en los senos de su conciencia, quien con frase articulada, unánimes asintieron confesando todos que aquel hombre era Justo. Aquel hombre fué perseguido y crucificado.

Desde hace muchos años, varios siglos, desde que el Paráclito anunciado y prometido bajó sobre los discípulos de aquel Justo, vive en la tierra una institución que, fundada y establecida por el Crucificado, jamás pudo ser argüida de prevaricación alguna, jamás fué infiel a su misión de conducir a los hombres y a los pueblos, a felicidades relativas aquí y a felicidades completas allá, jamás hizo daño, siempre hizo el bien. A esta institución también se persigue sin piedad ni descanso; a esta institución quiere darse muerte.

II

Por aquel tiempo había en Judea, un género de hombres que se llamaban asimismo los observantes de la ley; que siempre la llevaban en los labios y nunca en el corazón; que hacían consistir el amor a la ley y su observancia en palabras retumbantes y no en obras de verdad, en alaridos y no en acciones; que habían escalado las alturas del poder por artes de hipocresía y no por artes de sacrificio; que al verse desenmascarados por el Justo, concitaron las turbas contra Él; que al verse descubiertos llamaron sedicioso al descubridor; que al tener que optar entre la verdad y la justicia, (renunciando a sus egoísmos y ambiciones) pusieron el estómago y la soberbia sobre la conciencia y con burlas escarnios y sangre, intentaron acallar la voz que les llamaba por sus nombres. Aquellos hombres murieron y todo se lo dejaron atrás, El Justo vive y sus obras no han perecido todavía.

Han pasado los tiempos y seres racionales hay, en los actuales que chillan como mujeres en vez de obrar como hombres; que gritan ¡orden, paz, sosiego! y no los procuran con sus actos; que por artes de abdicación han llegado a las cumbres y claman: no empujar, quieto todo el mundo, y vamos viviendo, ¡que al verse obligados a salir de la penumbra, voccean cual chico contrariado y con taconeos, carcajadas y frases despectivas pretenden cubrir la voz de la propia conciencia y las voces de la Madre que les llama en su ayuda; que hablan bien y obran mal; que tras un lacrimoso ¡que malo está esto! redactan el menú de la siguiente comida: que están con el pró y con la contra, según que la contra ó el pró les empuje hacia arriba; que pronunciando un triste ¡que tiempos corremos! cierran el balcón y se recogen a digerir la abundante refeción en plácida siesta. Estos hombres pasarán y de sus honores y encumbramientos no quedará memoria.

III

Por aquel tiempo los judíos habían perdido su independencia y veíanse sometidos a potestades extranjeras: sus divisiones habían allanado el camino a sus adversarios; eran los más y gemían bajo el yugo de un pretor. Aquel pueblo fué borrado de la lista de las naciones.

Otro pueblo hay que fué grande cuando todo él era uno en la fe heredada y que hoy es pequeño bajo la dominación de poderes ocultos en las sombras, que le han arrancado gran parte de sus creencias y tratan de hacerle olvidar por completo sus tradiciones; cuyos hijos en vez de luchar unidos contra el enemigo común, se entretienen en luchas fratricidas ó sonrien plácidamente al adversario intentando hacerlo dulce y bueno a fuerza de zalemas; un pueblo cuya mayoría opina lo mismo y se deja gobernar por minoría contraria a su opinión, que le impone sus leyes y mandatos. Este pueblo, si no se enmienda y sacude la tiranía que le esclaviza, será botín de naciones ambiciosas.

IV

Por aquel tiempo eran los judíos gobernados por un hombre que reconocía la inocencia y la condenaba; por un hombre que suelta al asesino y condena al Justo; que da la razón al que grita más fuerte; que transige con la plebe, asustado ante sus alaridos de fiera, é intenta arrollarla azotando a la inocencia, coronándola de espinas, proclamándola rey de farsa y mostrándola escarnecida al pueblo, que oye el grito ¡crucifícale, cru-

cifícale! y se lava las manos. Aquel gobernante pasó a la Historia cubierto de ignominia, y su nombre es execrado por los hombres rectos.

Gobernantes hay en cierta nación muy conocida que abren amplios caminos para el error y cierran el paso a la verdad; que saben donde está la razón y le niegan todo derecho; que pueden hacer el bien y no lo hacen; que pueden atajar el mal y le dejan puerta franca; que opinan ser actos de prudente gobierno transigir con la canalla y darle gusto; que creen amansar las fieras con trozos de carne de los únicos que pueden domarlas; que se lavan las manos cuando la suciedad la llevan en el corazón. Estos hombres serán el oprobio de su patria y sus nombres pronunciados con desprecio.

El Justo Crucificado resucitó, triunfando hasta de la muerte misma; la Institución siempre perseguida, resiste todos los asaltos y de cada uno de ellos sale con más vigor y vida más potente; los fariseos, Judas, Pilatos... vieron satisfechas sus ambiciones un día y al siguiente bajaron al sepulcro de los miserables; triunfaron una hora y a la siguiente empezaron a gemir una derrota eterna.

La Historia se repite y es maestra de la vida.

Aprendamos de la Historia.

Henri Macer.

JUDAS

SONETO

El mal apóstol, del sayón seguido para que fuera Jesucristo preso, puso en su rostro celestial un beso al vil denario de Judá vendido.

Mas al horror de su maldad rendido, morir le dijo su turbado seso; y un árbol luego del traidor al peso, fructificó con fruto corrompido.

Y los vientos las ramas agitando, sus impuras semillas difundiendo y por doquiera la traición sembrando, hacen que estemos por doquiera viendo, seres que falsos nos están besando mientras aloves nos están vendiendo.

Gaspar Esteve.

¡REDENCIÓN!

(Rápida)

Abrióse el firmamento, tembló la tierra toda, la tempestad rugió. Trepidaron las inmensas montañas de granito y en medio de las sombras pavorosas de una noche cruel tristemente se alzaba en el espacio la moribunda luna, preciándose de ser el único testigo de aquella soledad.

El velo del templo se rasgó de parte a parte, dejándose escapar una blanca paloma del fondo del Santuario. Era el Espíritu Santo que había cumplido ya su misión en el mundo.

Un destello de luz pálido y tibio, iluminó débilmente al reflejarse, un cuadro de dolor.

Jesús, el Hijo del Eterno apareció pendiente de una cruz. Su cuerpo divino mutilado horriblemente y sujeto por tres clavos, acaba de exhalar el postrer aliento. Tenía su pecho abierto, rostro macerado, cárdenos los labios y eclipsados los ojos. Había entregado su espíritu en las manos del Padre.

A su lado está la rosa de Nazaret resistiendo las sacudidas del huracán de la aflicción. Es la Virgen hermosa petrificada por la angustia y el dolor, que riega copiosamente con sus lágrimas las piedras del Calvario, mientras recuerda una por una las profecías del viejo Simeón.

Contéplase a lo lejos Jerusalén dormida; y mientras tanto, llora la Virgen de Sión, se agita el firmamento y Dios esgrime severo la terrible espada de su justicia.

La voluntad del Padre habíase satisfecho; los vaticinios de los profetas acababan de cumplirse, las culpas del género humano se borraron; la copa de la amargura se había apurado hasta las heces.

¡La grande obra de la Redención estaba consumada!

José M. Rey.

A lo Divino

GLOSA

Sin arrimo y con arrimo,
sin luz y acurvas viviendo,
todo me voy consumiendo.
Mi alma está desasida
de toda cosa criada,

y sobre sí levantada,
y en una sabrosa vida,
solo en su Dios arrimada,
por eso ya se dirá
la cosa que más estimo,
que mi alma se ve ya
sin arrimo y con arrimo.

Y aunque tinieblas padezco,
en esta vida mortal,
no es tan crecido mi mal;
porque, si de luz carezco,
tengo vida celestial;
porque el amor de tal vida,
cuando más ciego va siendo,
que tiene el alma rendida,
sin luz y acurvas viviendo.

Hace tal obra el amor
después que le conocí,
que, si hay bien ó mal en mí,
todo lo hace de un sabor,
y el alma transforma en sí;
y así, en su llama sabrosa,
la cual en mí estoy sintiendo,
aprieta sin quedar cosa,
todo me voy consumiendo.

San Juan de la Cruz.

EL DRACMA PERDIDO

Los fariseos se escandalizaban viendo al Maestro en contacto íntimo con rudos marineros y pecadora gente. Pero Jesús refirió entonces el ejemplo de la dueña de la casa, que de sus muchos dracmas de plata perdió uno y le buscaba con afanoso ahinco, y cuando le halló, convocó a sus amigos y las dijo: «Alegraos, pues he hallado el dracma perdido». Y los hipócritas callaron, si no convencidos, dominados por la palabra de vida.

Hermosa era la castellana de Magdalena y rica, y de agudo ingenio y dada a la ostentosa refinación de la corrompida Grecia y de la carcomida Roma. Más que descendiente de los austeros Macabeos parecía nueva y relajada Aspasia ó indolente hija de epicúreo patricio romano. Magdalena pecaba, Magdalena era el escándalo de los buenos, el continuo dolor de sus hermanos, la vergüenza no interrumpida del justo varón Lázaro y de la piadosa Marta, fervorosos amigos y fieles discípulos del Nazareno.

Pero la extraviada María escuchó al Maestro; y el divino efluvio que irradiaba su rostro penetró en el pecho de la pecadora, abrasándole con nuevo amor, distinto del hasta entonces por ella sentido; amor puro, espiritual, sutilizado en la suprema belleza del bien y la verdad, limpio de las impurezas que habían manchado a su corazón, nacido para palpar al calor de los amores.

El Maestro había aceptado el banquete que Simón el fariseo le daba. En lujoso «triclinium» hallábase los convidados. Allí estaban también el enérgico Pedro, el amable Juan, el impetuoso Jacobo, el miserable Judas.

Gentío inmenso llenaba los jardines, el ático, las galerías. Ocho criados se esforzaban en vano por contener la multitud, que amenazaba invadir la morada del opulento judío para ver y oír al que conmovía con sus palabras y taumaturgia la Galilea ó Israel enteros.

Por entre el gentío se abre paso una mujer, suelta el cabello, flotantes los humildes vestidos, lloroso el rostro, abatida la frente.

—Atrás la atrevida.

—Necesito ver al Maestro.

—Atrás ho dicho.

Y el jayán la iba a rechazar con bárbara rudeza, cuando de repente se contuvo admirado.

—¡Ah, si es la hermosa señora de Betania, si es María de Magdalo.

Y la pecadora penetró en el triclinium.

Los ojos se fijaron con admiración inmensa en Jesús. Y Jesús, reclinado en muelles almohadones, pasó en ella su mirada serena, poderosa, melancólica y dulce.

Extremecida, ahogándose con la emoción y las lágrimas, sacó María de entre sus vestiduras un vaso de alabastro, y avanzó.

Simón se apartó por no contaminarse. Un murmullo se alzó:

—«No habrá nada que respete esta impura.»

Jesús sonrió. María se arrojó a sus pies, ungiéndoles con el rico perfume

del nardo—que impregnó de aroma delicioso la vivienda entera,—lavándolos con sus lágrimas, enjugándolos con sus cabellos, rubios como sazonadas espigas, suaves como seda del Iran.

El Maestro dirigió su vista a todos lados, y con acento reposado refirió la parábola de los deudores. En seguida dijo a su huésped:—«¿Ves esta mujer? Entró en tu casa y no me distes agua para los pies; mas ésta con sus lágrimas me los lavó y los enjugó con sus cabellos. No me distes el beso de paz; mas ésta desde que ha entrado no cesa de besarme. Por lo cual te digo que perdonados le son sus muchos pecados, porque amó mucho.»

Y tomando de la mano a Magdalena la levantó del suelo, y con aquella su voz irresistible y armoniosa, le habló así:

—Tu fe te ha salvado. Mujer, vete en paz.

El Maestro había hallado el dracma perdido. El pastor la descarriada oveja.

Evaristo Rodríguez de Bedia.

CAMINO DEL CALVARIO

Va la gente por las calles bulliciosas con sus gritos, sus insultos y el estruendo de trompetas y tambores y algazara para ver crucificar al Nazareno.

No hay ninguno, ni uno solo entre esa gente, de los muchos que favores le debieron, no hay ninguno que a llevar la Cruz le ayude, al Creador, al que conserva el Universo.

La que es lirio de los valles, la doncella que fué Virgen y fué Madre al mismo tiempo, va en su busca y a contarle sus dolores, su amargura, su infinito sufrimiento.

Y le encuentra ya sin fuerzas, abatido y en sus hombros delicados va el madero, el madero de las culpas de los hombres que pretenden consumir un sacrilegio.

Y le mira ensangrentado y en sus sienes la Corona que por bfa le pusieron y en sus ojos ve un poema de ternura: el sublime del amor; ve a un Dios muriendo.

Y allá corre la doncella sulamita, allá corre desolada y a su encuentro no hay un rasgo de piedad en los verdugos, ¡mientras lloran los querubes en el cielo!

¿Qué le dice con sus lágrimas María?

¿Qué a su Madre le contesta el Nazareno? Fueron mudos ambos labios, más sus ojos, ¡cuantas cosas silenciosas se dijeron!

Sola y triste se retira de su lado; sola y triste la que alegra el alto cielo; abatida, sollozante y en su rostro reflejando los pesares del encuentro.

Están cerca del Calvario los sayones. De blasfemias y alaridos el estruendo no ha cesado un solo instante. Jesucristo tiene ayuda de alquiler: ¡un Cirneo!

Y la Reina de los Angeles, su Madre la que adoran los querubes en el cielo, va allí cerca silenciosa y abatida sin que salga de sus labios un lamento.

Daniel Aguilera.

LA SALVE

Dios te salve, Reina, que eres

Madre de misericordia,

vida dulzura, concordia

y esperanza de placeros;

¡Salvete Dios, planta nueva;

á ti, Señora, clamamos,

que nuestro clamor te mueva;

desterrados hijos de Eva,

á ti, Virgen, suspiramos;

suspiramos con gemido,

llorando; que no hay quien calle

en este lloroso valle

de dolor muy dolorid:

Ea, ya, abogada nuestra,

aquellos tus dulces ojos

piadosos nos los demuestra;

si tu vista nos adiestra

fin habrán nuestros ojos;

y á Jesús, bendito fruto

de tu vientro, santo es,

nos muestra Virgen después

de aquesto destierro y luto.

¡Oh clemente, oh pia lora,

clara luz del medio día,

estrella santa y graciosa,

Madre de Dios, Hija, Esposa,

oh dulce Virgen María!

Ruega, Señora por nos;

no cesa jamás tu ruego,

con que nos socorras luego.

¡Bendita Madre de Dios!

que si tu favor tenemos

según tu poder es visto,

luego muy dignos seremos,

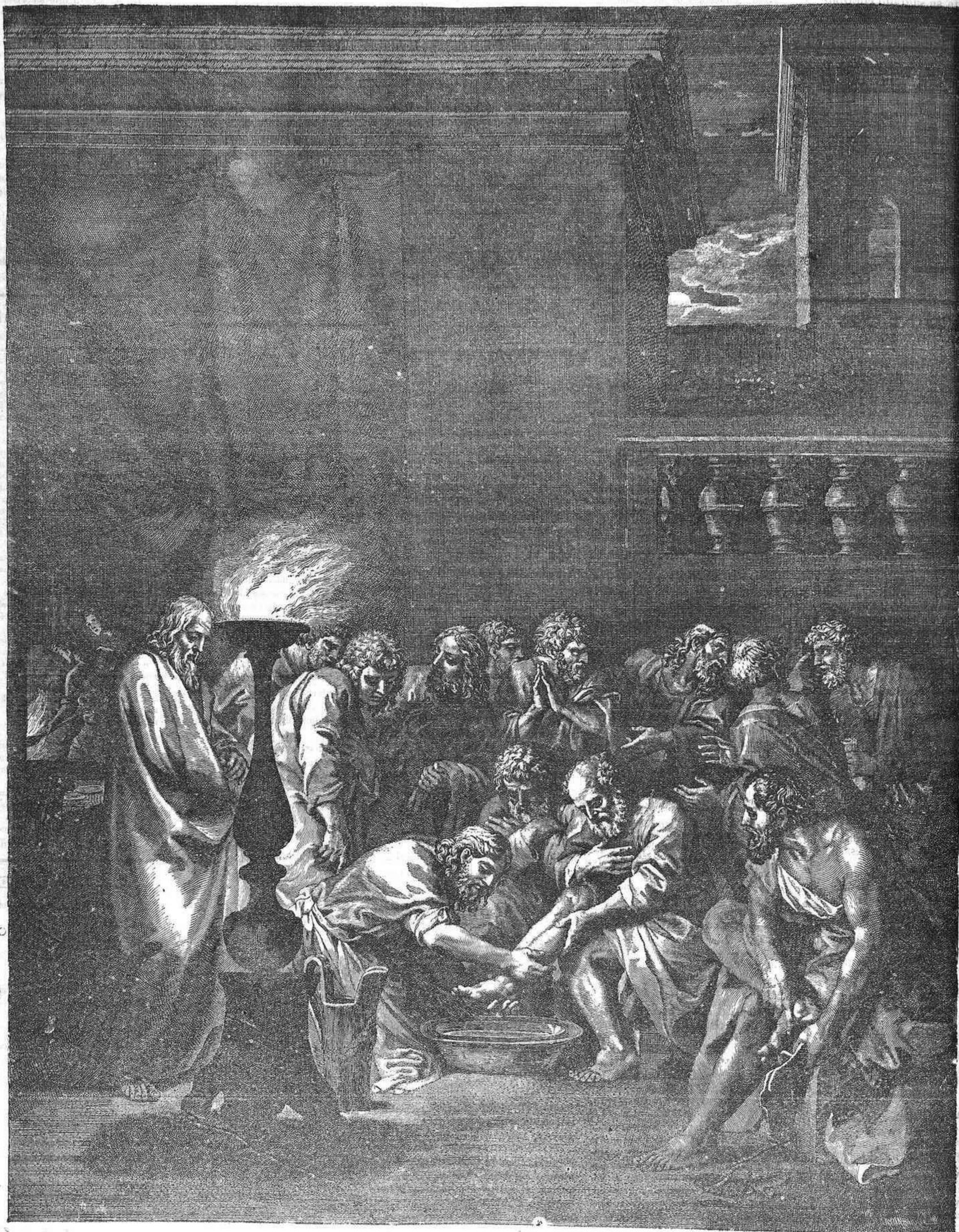
y la gloria gozaremos,

por las promesas de Cristo.

Juan del Eirina.

Imp. «El Defensor» Ambrosio Morales, 6

EL LAVATORIO



Víspera del día solemne de Pascua: sabiendo Jesús que era llegada la hora de su tránsito de este mundo al Padre, como hubiese amado á los suyos que vivían en el mundo, los amó hasta el fin. Y así, acabada la cena, cuando ya el diablo había sugerido en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, el designio de entregarle: Jesús, que sabía que el Padre le había puesto todas las cosas en sus manos, y que como era venido de Dios, á Dios volvía: levántase de la mesa, y quítase sus vestidos habiendo tomado una tohalla, se la ciñe. Echa después agua en un lebrillo ó barreño, y pónese á lavar los pies de los discí-

pulos, y á enjuagarlos con la tohalla que se había ceñido. Viene á Simón Pedro, y Pedro le dice: Señor: ¿Vos lavar-me á mí los pies! Respondióle Jesús, y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora: lo entenderás después. Dícele Pedro: Jamás por jamás permitiré que me laveis los pies. Respondióle Jesús: si yo no te lavare, no tendrás parte conmigo. Dícele Simón Pedro: Señor, no solamente mis pies, sino las manos también y la cabeza. Jesús le dice: el que acaba de lavarse no necesita lavarse más que los pies, estando, como está limpio todo lo demás. Y en cuanto vosotros, limpios estais, bien que no todos,

Que como sabía quien era el que le había de hacer traición, por eso dijo: No todos estais limpios. Después, en fin, que les hubo lavado los piés, tomó otra vez su vestido, y puesto de nuevo á la mesa, díjoles: ¿Comprendéis lo que acabo de hacer con vosotros? Vosotros me llamais Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy; pues si yo, que soy el maestro y el Señor, os he lavado los piés, deis tambien vosotros lavaros los piés uno al otro. Porque ejemplo os he dado para que pensando lo que yo he hecho con vosotros, así lo hagais vosotros también.

Evangelio según San Juan, C. 13.